

¿Por qué cooperamos?

Del mismo autor

Los orígenes culturales de la cognición humana,
Buenos Aires, 2007

Origins of human communication, Cambridge,
MA, 2008

Primate cognition (en colab. con Josep Call),
Nueva York, 1997

Michael Tomasello
¿Por qué cooperamos?

Traducido por Elena Marengo

Texto basado en las exposiciones presentadas
en el ciclo de Conferencias Tanner sobre Valores
Humanos realizadas en Stanford en el año 2008



Primera edición, 2010

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Calle del Barco Nº 40, 3º D
28004 Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *Why we cooperate*

© 2009 The MIT Press

ISBN Argentina: 978-987-1566-26-6

ISBN España: 978-84-92946-09-9

I. Sociología. 2. Cooperativismo. I. Elena Marengo, trad.

II. Título

CDD 306

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholón kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.

08786 Capellades

Depósito legal: B-26706-2010

Índice

- 7 Agradecimientos
- 11 Introducción

- 21 I. POR QUÉ COOPERAMOS
- 23 1. Nacidos (y criados) para colaborar
- 71 2. De la interacción social a las instituciones sociales
- 121 3. Donde confluyen la biología y la cultura

- 125 II. FORO DE DISCUSIÓN
- 127 Joan B. Silk
- 141 Carol S. Dweck
- 151 Brian Skyrms
- 161 Elizabeth S. Spelke

- 187 Acerca de los expositores en el Foro de Discusión

Introducción

En muchas especies animales, los individuos aprovechan la experiencia y la empeñosa labor de otros aprendiendo de ellos en el intercambio social. En la actualidad, los biólogos utilizan el término *cultura* cuando se produce un aprendizaje social tal que distintas poblaciones de una misma especie desarrollan maneras también distintas de hacer las cosas. Desde esta perspectiva tan amplia, se puede decir que muchas especies animales viven en grupos que difieren desde el punto de vista cultural, entre ellos una diversidad de especies de aves, mamíferos marinos y primates.

Desde luego, los seres humanos son el paradigma de las especies culturales. A diferencia de sus parientes más próximos, los grandes simios –que habitan las zonas ecuatoriales de África o de Asia–, los seres humanos se han diseminado por todo el planeta. Dondequiera que van, inventan artefactos y prácticas comportamentales nuevas para lidiar con las exigencias del medio ambiente local. En el Ártico, las po-

blaciones indígenas construyen iglús y cazan ballenas en kayaks; en los trópicos, construyen chozas de paja y cazan mamíferos terrestres con arcos y flechas. Para ellos, esos artefactos y comportamientos no son detalles interesantes sino necesidades. Pocos seres humanos podrían sobrevivir en la tundra o en las pluviselvas tropicales si no pertenecieran a un grupo con cultura, munido de artefactos y prácticas comportamentales preexistentes y pertinentes. Si tenemos en cuenta el número de cosas que el individuo humano debe aprender en sociedad (entre ellas, las convenciones lingüísticas necesarias para comunicarse), comprenderemos que la cultura de esta especie es cuantitativamente única en comparación con las de otros animales.

Hay, sin embargo, dos características fácilmente observables de esa cultura que indican que es única también cualitativamente. La primera es la evolución cultural acumulativa. A menudo, los artefactos y las prácticas de comportamiento de los humanos adquieren mayor complejidad con el paso del tiempo (tienen una “historia”). Cuando un individuo inventa un artefacto o una manera de hacer las cosas apropiada para las circunstancias, los otros la aprenden pronto. Ahora bien, cuando otro individuo introduce alguna mejora al procedimiento, todos –incluso los niños en pleno desarrollo– aprenden la nueva versión perfeccionada.

Se genera así una suerte de “trinquete cultural” que instala cada versión en el repertorio del grupo y asegura su vigencia hasta que alguien encuentra algo más novedoso y más útil.¹ Así como los individuos de esta especie heredan genes que implicaron adaptaciones en el pasado, también heredan a través de la cultura artefactos y prácticas comportamentales que representan, de algún modo, la sabiduría colectiva de sus antepasados.² Hasta el presente, no sabemos de ninguna otra especie animal que acumule las modificaciones comportamentales y garantice su complejidad con esta suerte de “trinquete cultural”.

La segunda característica que hace única la cultura humana es la creación de instituciones sociales. Se trata de conjuntos de prácticas comportamentales guiadas por distintos tipos de normas y reglas que los individuos reconocen mutuamente. Por ejemplo, en todas las culturas los individuos se atienen a reglas culturales para aparearse y casarse. Si alguien transgrede esas reglas, sufre una sanción, que puede llegar al ostracismo absoluto. En el curso de ese proceso, los seres humanos crean entidades concretas defini-

1 Tomasello, M., A. Kruger y H. Ratner, “Cultural learning”, *Behavioral and Brain Sciences* 16 (3): 495-511, 1993.

2 Richerson, P. y R. Boyd, *Not by genes alone: How culture transformed human evolution*, Chicago, University of Chicago Press, 2006.

das culturalmente; por ejemplo, maridos, esposas (y padres) que tienen derechos y obligaciones también definidos por la cultura (el filósofo John Searle concibe ese proceso como creación de nuevas “funciones de estatus” [*status functions*]).³ Daré otro ejemplo: en todas las culturas humanas existen reglas y normas para compartir los alimentos y otros objetos valiosos, y para la eventualidad de comerciarlos. Durante el proceso de intercambio, atribuimos a algunos objetos la condición de dinero (es decir, un papel impreso de determinada manera), hecho que les confiere un rol definido, respaldado por la cultura. Hay otros tipos de reglas y de normas para instituir líderes grupales –jefes y presidentes, por ejemplo– que tienen derechos y obligaciones especiales con respecto a la toma de decisiones. Y también es posible crear nuevas reglas para el grupo. Lo que dijimos acerca del “trinquete cultural” podemos repetirlo con respecto a las instituciones sociales: ninguna otra especie animal tiene algo que se parezca ni remotamente a las instituciones sociales.

Tras estas dos características de la cultura humana –los artefactos acumulativos y las instituciones socia-

3 Searle, J. R., *The construction of social reality*, Nueva York, Free Press, 1995 [trad. esp.: *La construcción de la realidad social*, trad. de Antoni Domènech, Barcelona, Paidós, 1997].

les— hay todo un conjunto de habilidades cooperativas y motivaciones para colaborar que son exclusivas de nuestra especie. Esta afirmación es evidente en el caso de las instituciones sociales, que representan maneras de interactuar organizadas en cooperación y acordadas por el grupo, entre las cuales hay reglas para lograr que los que no cooperan cumplan lo acordado. Las funciones de estatus representan acuerdos cooperativos según los cuales existen entidades tales como los maridos, los padres, el dinero y los jefes, con los derechos y las obligaciones que tienen. Inspirándonos en la obra de filósofos de la acción como Michael Bratman, Margaret Gilbert, Searle y Raimo Tuomela,⁴ podemos dar el nombre de “intencionalidad compartida” a los procesos psicológicos subyacentes que hacen posibles esas formas únicas de cooperación. Básicamente, la intencionalidad compartida comprende la capacidad de generar con otros intenciones y compromisos conjuntos para las empresas cooperativas. Esos compromisos e intenciones acordados en común se estructuran por medio de procesos de atención conjunta y conocimiento mutuo, que descansan todos

4 Bratman, M., “Shared co-operative activity”, *Philosophical Review* 101 (2): 327-341, 1992. M. Gilbert, *On social facts*, Princeton, Princeton University Press, 1989. J. R. Searle, *The construction of social reality*, 1995. R. Tuomela, *The philosophy of sociality: The shared point of view*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

sobre las motivaciones cooperativas de ayudar a otros y compartir cosas con ellos.⁵

Aunque son menos evidentes, las enormes tendencias cooperativas de los seres humanos también desempeñan un papel decisivo en la producción del “efecto de trinquete” cultural. Es verdad que el proceso más elemental involucrado en el efecto de trinquete es el aprendizaje imitativo (según parece, los humanos lo emplean con gran fidelidad de transmisión), cuya característica intrínseca no es la cooperación sino el aprovechamiento. Sin embargo, existen además otros dos procesos cooperativos fundamentales para producir el efecto de trinquete.

En primer lugar, los seres humanos se enseñan mutuamente distintas cosas y no reservan sus enseñanzas para los parientes. Enseñar es una forma de altruismo, mediante la cual ciertos individuos donan información a otros para que la utilicen. Si bien existen algunas otras especies en las que encontramos actividades similares a la enseñanza (en su mayoría, comportamientos aislados dirigidos a las crías), no hay datos sistemáticos de ensayos reproducibles que indiquen una instrucción activa en el caso de los primates que no son humanos.

⁵ Tomasello, M., M. Carpenter, J. Call, T. Behne y H. Moll, “Understanding and sharing intentions: The origins of cultural cognition”, *Behavioral and Brain Sciences* 28 (5): 675-691, 2005.